

En nombre de la moral

Después de un año, he tenido la suficiente fuerza para limpiar la habitación de mi padre. Me he encontrado oculta en un cajón y envuelta en papel de periódico, una esclava con el nombre de Julia. He sonreído al acordarme de mi tía. Inconscientemente he ido al armario donde escondí la caja de secretos de mi padre. La he abierto para meter la pulserita. Ha sido entonces cuando sin darme cuenta, he vencido a mi miedo y he sentido la tentación de mirar dentro. Tiene pocas cosas. Lo primero que he visto, ha sido la foto de la boda de mis padres grapada a la de mis abuelos, pobre hombre, quizá estaba esperando a la mía para unirla también. Hay unos patucos azules, probablemente eran suyos. Hay otra foto en la que estamos, la abuela, mamá agachada a la altura de **la tía Julia** y entre las dos me sostienen. Ésta tiene dedicatoria *“las chicas de mi vida”*. No he podido evitar sonreír con melancolía. También hay recordatorios del funeral de mamá y tarjetas de agradecimiento amarillentas. Suspiro y sigo mirando. Otra foto de la tía Julia, en esta está sola y sonriendo, es de poco antes de su marcha.

Al verla, no he podido evitar que se me salten las lágrimas. Quizá era éste el olvido al que se refería la abuela, cuando decía que *“por mucho que no se nombre el olvido no me llega, no como a tí”*. Que equivocada estaba. Nunca me he olvidado de mí querida tía Julia. Imposible olvidar a la amiga de mis juegos de la infancia. De su arrullo en mis pesadillas nocturnas cuando ya mi madre no estaba, mientras papá olvidaba su pena en *“Capaco”*. De nuestra complicidad para hacer frente a los mayores. De las risas y las alegrías. De sus anhelos y mis abrazos. Lo que pasó, es que cuando desapareció y yo preguntaba por ella, papá o la abuela solían darme un capón, así que simplemente dejé de preguntar, porque llegaron a dolerme más los capones que su huida.

Recuerdo que el día que se fue, la odié por ello y por no despedirse de mí. Yo tan solo tenía once años, pero me dolió en el alma. Horas después también nosotros nos fuimos del pueblo. Era todavía de noche cuando papá me despertó y me mandó subir al coche. En el duermevela del viaje a Madrid, oía a la abuela decir que la familia estaba manchada y que a partir de entonces nos señalarían por la calle. En esa época de ignorancia, me dio por observarme detenidamente a hurtadillas, frente al espejo de la habitación de la abuela, aunque exactamente no sabía cómo era la mancha, pensaba que tendría que verse. También busqué con disimulo en mi padre y en la abuela a ver si descubría la dichosa mancha. No llegué a encontrarla. También cogí la costumbre, de quedarme mirando fijamente a la gente cuando me cruzaba con alguien por la calle, a ver quién era el que se atrevía a señalarnos. Nunca vi a nadie hacerlo.

Con una medio sonrisa vuelvo a la caja, lo último que hay son unas llaves y un contrato de cuidado y guarda de la casa del pueblo, a nombre de un tal Julián. Esto no me lo esperaba. Me he emocionado. Todavía tenemos la casa del pueblo. Con la de veces que he fantaseado que volvía a entrar en la casona, que volvía a oír el quejido de la madera al ser pisada, que volvía a dormir en mi cama de cuando era pequeña. Miro el reloj. Calculo que si me voy ahora mismo, por la tarde estaré allí. No lo pienso más. Cierro la caja apresuradamente. Me guardo el contrato y las llaves en el bolso. Meto en una bolsa algunas cosas y sin perder más tiempo salgo.

Cuando llego al pueblo los recuerdos afloran. Me escuecen los ojos. Sabía que me pasaría. Aparco en la plaza. Voy a “*Capaco*” porque desde el lateral se ve mi casa. No hay nadie en la terraza y escojo el mejor sitio para poderla mirar tranquilamente. Me pido algo de beber. Contemplo la fachada con los labios apretados conteniendo el llanto. Está tal cual la recuerdo. Me distrae momentáneamente, la llegada de un hombre que se acaba de sentar en la mesa de al lado. Me fastidia su elección habiendo tantos sitios libres. Procuro ignorarlo. Intento estar sólo pendiente de la casa, aunque tengo la sensación de estar siendo observada. De vez en cuando le miro de reojo para cerciorarme de ello. En un momento dado le hago frente para intimidarle, pero me sonrío. Esa sonrisa me perturba. Vuelvo la vista a la casa. De repente por el rabillo del ojo veo que se levanta y viene hacia mí. El corazón me late en las sienes. A medida que se va acercando me resulta familiar. Sus ojos. Estoy confundida. Se me acaba de formar un nudo en la garganta y dos lagrimones pugnan por salir. Me levanto para irme. Me agarra del brazo y me dice “*hola sobrina*”. No puedo contenerme más. Apenas con un hilo de voz le pregunto “¿tía Julia?” y me susurra, “mejor, llámame tío Julián”. Lloro y nos fundimos en un abrazo de treinta y siete años de mancha, de treinta y siete años de señalamiento, de treinta y siete años de una injusta ausencia.